

EL LEGADO HIPOCRÁTICO II. — DIOCLES DE CARISTOS (HIPÓCRATES EL JOVEN)

por el

Profesor Dr. JOSE PAREJA YEVENES

Catedrático de Patología Médica de la Facultad de Medicina de Granada.

Después de la muerte de Hipócrates, quedaba su obra ingente sometida a las mismas vicisitudes que suelen sufrir todas las «testamentarias científicas». No es extraño que los primeros usufructuarios de tan cuantioso patrimonio fuesen aquellos que añadían a su condición de discípulos la de parientes del maestro; ello resulta todavía más lógico si se piensa que, en aquellos lejanos tiempos, la difusión de las ideas se operaba con una gran lentitud y dentro de un área de radio muy corto. La transmisión de las doctrinas científicas—o filosóficas—, según entonces se decía, se operaba pausadamente; tan sólo el transcurso del tiempo, a veces muy dilatado, favorecía la generalización de las adquisiciones científicas, que permanecían largos años y hasta siglos enteros, desconocidas, e incluso envueltas en cierta nebulosidad de misterio, como veladas por un hermetismo de «escuela».

De tal modo surgió el dogmatismo hipocrático que iniciaran Thesalos y Dracón, hijos del maestro, y Polibio, su yerno. Los descendientes y continuadores inmediatos de Hipócrates pecaron muchas veces—aludíamos a ello en nuestro anterior artículo (1)—de un doctrinarismo intransigente o de un empirismo rutinario. Mas no todos adolecieron de tales defectos. Algunos de ellos heredaron la ductilidad del maestro, y, como él, fueron capaces de una amplia visión de las cosas. De entre éstos, se destaca Diocles de Karystos, que hubo de ser conceptuado por Plinio como «el más grande médico después de Hipócrates; el segundo en fecha y en renombre». Lo mismo que su ilustre predecesor, había nacido en una de las pequeñas y gloriosas islas del Egeo: en Eubea—el Negroponto de los latinos. La menuda isla era muy fértil; sobre el suelo eubeo crecían los bosques profusamente; por ellos discurrían los ganados, lozanos y numerosos. En la eparquia de Karystia—solar de Diocles—buscaban los romanos los verdes y rayados mármoles cipolinos, que tanto gustaban de emplear para sus majestuosas construcciones. Las gentes de Eubea eran despiertas e inteligentes, y cultivaban las artes y las ciencias con el mismo provecho que sus campos fecundos.

En la tierra próspera y entonces feliz de Karystos, allá por el siglo III (a. de J. C.), ejercía Arquidamos el oficio de médico. Hijo suyo—y muy amado de su progenitor por las nobles cualidades que le adornaban—fue Diocles, que, en plena juventud, abandonó su ciudad natal para marchar en busca de la sabiduría de los grandes maestros del mundo helénico; quedó, al fin, en Atenas, en donde estudió con ahínco la Anatomía, realizando frecuentes y minuciosas disecciones de animales. No sabemos bien quiénes fueron sus maestros; pero sí

está bien comprobada, en cambio, su adhesión a la escuela hipocrática; buena prueba de su fidelidad a ella es el que no se adscribiera a las doctrinas de Platón—no obstante la gigantesca influencia espiritual que representaba el maestro del jardín de Akademos—, sino en aquellos puntos que no se oponían a la primitiva doctrina del genial anciano de Cos.

La formación médica de Diocles fue sólida y lógicamente cimentada. Sus conocimientos anatómicos representaban un firme basamento de sus doctrinas fisiológicas y médicas. Para él no ofrecía duda alguna el papel de órgano central que el corazón representa en la distribución de la sangre. No hubo de distinguirse solamente por una didáctica fácil y clara en el orden descriptivo, sino también por su fina percepción de algunos hechos anatómicos, según lo demuestran los descubrimientos que se deben a Diocles de la vena cava y del conducto cístico, así como la diferenciación entre el intestino delgado y el grueso y de la separación entre ambos, mantenida por la válvula ileocecal.

Menos objetivo y más influenciado por prejuicios doctrinales, en el campo de la Fisiología, se adscribió a las ideas imperantes acerca del *neuma*, señalando el corazón izquierdo como asiento del alma y atribuyendo al *neuma* el origen del funcionamiento y de la capacidad de percepción de los sentidos.

Campean, entre otras estimables calidades de la obra de Diocles, el respeto a la verdad, la minuciosidad descriptiva y la serena valoración crítica de los fenómenos de la Naturaleza; en suma: el médico karystio, venido a la metrópoli del mundo helénico, llegó a merecer de sus contemporáneos el honroso sobrenombre de Hipócrates el Joven. La denominación, sobre ser en extremo halagüeña, envolvía un claro sentido de la justicia, pues en Diocles, mejor que en otros muchos coetáneos suyos, se reunían las características metodológicas de su eminente antecesor, es decir, poseía y dominaba mejor que los demás la especial manera expositiva, el modo peculiar que designábamos en nuestro anterior artículo como *estilo hipocrático*. Fue un precursor en algunos capítulos de la Medicina de su época; en la Farmacología, por ejemplo. Su manual del herborista titulado *Rhizotomikon*, constituye el libro griego más antiguo y autorizado acerca de la Botánica medicinal; un fino sentido de la observación hubo de guiarle en las descripciones de las especies vegetales de aplicación terapéutica. La mencionada obra representa, en su conjunto, el único precedente helénico de particular interés escrito con anterioridad a la obra de Teofrasto, el predilecto discípulo de Aristóteles.

Pero Diocles era, ante todo, un clínico; por ello luce más vivamente su talento en aquellos de sus escritos consagrados a la explicación patogénica de las enfermedades; en tales obras aparecen mezcladas con fre-

(1) V. *El legado hipocrático*. I. Doctrinarios y empíricos. *MEDICAMENTA*, núm. 147. 20 mayo 1948.

cuencia las ideas hipocráticas y las originarias de la escuela de Sicilia, y en todas ellas adviértese el propósito de fundamentar sus conjeturas acerca de las causas y localización de las enfermedades sobre bases anatómicas y fisiológicas; otro nuevo rasgo que aproxima el ingenio flexible de Hipócrates *el Joven* a la genial sagacidad de Hipócrates *el Viejo*.

Una gran parte de la doctrina patogénica de Diocles se funda en la teoría de «los cuatro humores» (sangre, pituita, bilis amarilla y bilis negra). Con ello no se aparta ni emancipa de las ideas dominantes en aquella época, pues no en balde cada hombre es hijo de su tiempo. En realidad, esta concepción, derivada de las antiguas ideas de los milesios (Thales) y de la filosofía empedocliana, representaba una tendencia y un esfuerzo encaminados hacia la simplificación, y quizá fué tan pertinazmente reproducida entre las diversas generaciones de los filósofos griegos porque satisfacía su ambición de lograr un concepto unitario de la Naturaleza. Diocles se apartaba en algo, respecto de este punto, de su precursor Hipócrates, pues mientras que éste consideraba a los indicados humores como los cuatro elementos constitutivos del cuerpo, Diocles veía en ellos cuatro «jugos cardinales». Sin embargo, su pensamiento vacilaba entre las escuelas siciliana e hipocrática, y la idea de causalidad, que parece apuntar en su interpretación de los jugos cardinales, se escapa y se desvanece al convertirse en explicación patogénica particular y específica de algunas enfermedades.

Por fin, en terapéutica, los preceptos formulados por Diocles no se apartaron en nada fundamental de los consejos hipocráticos. Es de justicia señalar, como uno de los méritos que adornan al médico karystio, su convencimiento—que se esforzó en proclamar en sus escritos y que acredita su perspicacia clínica—de que para conseguir la curación de un proceso local es preciso cuidar, previa y atentamente, el estado general del enfermo.

¿Es realmente justa la asimilación entre Hipócrates y Diocles, tal y como hubo de ser establecida y expresada por Plinio? Evidentemente, no. Por mucho que se alaben los méritos de Hipócrates *el Joven*, no llegan a ser suficientes para igualar la talla de su genial precursor. Hemos señalado en otra ocasión (1) los rasgos fundamentales de la personalidad de Diocles, que es, indudablemente, señora de la generación inmediatamente post-hipocrática. Entre las figuras de este momento de la historia médica abundan los hombres discretos, pero escasean las obras excepcionales. «De toda su escuela, es Diocles (2) aquel en quien más claramente se observa que su pensamiento; independiente y elevado, sin llegar a apartarse de las normas hipocráticas fundamentales, trata de desligarse de las ataduras del dogmatismo. Con una clara intuición—y ésta

es de raíz netamente hipocrática—afirma que la fiebre no es más que un síntoma, consecuencia de la enfermedad, mas no la enfermedad misma, y, generalizando, se esfuerza por hallar el nexo entre las causas de las enfermedades y sus manifestaciones sintomáticas.» Sin duda, se acusa en tales conceptos la perspicacia de Diocles; pero si se miran las cosas con serenidad, veremos pronto cómo brillan en tales ideas las luces vivísimas del maestro. ¿Cómo no recordar aquella afirmación de Hipócrates que nos llena de asombro porque demuestra su poderosa mentalidad clarividente: «Las enfermedades son crisis de purificación o eliminación. Los síntomas son la defensa natural del cuerpo. Nosotros los llamamos enfermedades; pero, en realidad, no son otra cosa que la curación de la enfermedad. Todas las enfermedades son una misma, y su causa es una misma en todas ellas, aunque se manifiesten por medio de diferentes síntomas, de acuerdo con la determinada parte del cuerpo en que aparecen.» Seguramente puede colegirse de los conceptos que transcribimos, por muchos que fueran los merecimientos de los epígonos y continuadores de Hipócrates, es innegable que todos ellos reflejaban la luz potente del maestro que supo adoctrinarlos y trazarles un derrotero.

No es cosa fácil catalogar a los hombres de ciencia y encuadrarlos en la sistemática rígida de una taxonomía, del modo que puede hacerse con las especies de un herbario. Sobre ser difícil tal empeño, resulta claramente inútil, porque, a medida que se conocen mejor las obras y los hechos de los sabios, cambia el juicio que merecen a los historiadores, y aquello que hubimos de ver con una esquemática simplicidad se torna un problema muy complejo de interpretación. Diocles no puede ser calificado de dogmatista—aun cuando pertenezca a esta escuela, en orden al tiempo—sin cometer la injusticia de desconocer la flexibilidad de su espíritu, que está infiltrado de «hipocratism»—como «estilo»—, pero emancipado de él, sin embargo, en muchos puntos de la doctrina, gracias a su ansia de progreso, y no por una rencorosa o pedantesca rebeldía.

Otros médicos de su época compartieron con Diocles la calidad de herederos del legado hipocrático; tales fueron Dexipos de Cos, Philistion y Praxágoras, discípulo este último del karystio. Todos fluctuaban entre el neumatismo—que habría de retrofiar, siglos adelante, en la Medicina romana—y el humoralismo hipocrático.

Al par de estas tendencias y orientaciones, la Medicina griega no podía por menos de acusar la influencia de dos grandes figuras del pensamiento helénico: Platón y Aristóteles. Aunque ambos se mostraron poco inclinados a la ciencia médica, eran demasiado grandes para que sus inteligencias geniales dejaran de alumbrar todos los caminos del saber humano. El determinar esa influencia—casi astral—representa un propósito ambicioso y arriesgado. Exige, por lo menos, un rendido respeto a la verdad y la mayor circunspección crítica, y, en todo caso, reclama un capítulo aparte, dado el interés de la cuestión, que seduce y acobarda a la vez por su propia magnitud.

(1) *Dogmatismo hipocrático. Biología aristotélica y Escuela de Alejandría. Granada, 1944. Discurso de apertura del curso académico 1944-45.*

(2) *Loc. cit., pág. 22.*

ESTROLAN "E"

La foliculina más activa por vía oral